Historia y mirada en las crónicas de América

Miguel Ángel Segundo Guzmán

Campus Guanajuato | División de Ciencias Sociales y Humanidades

Contenido

Agradecimientos 11

Introducción 13

Primera parte
La simbólica de la guerra en Occidente 27

Capítulo I
La musa canta la guerra: el mundo del mito y la polis 37

Capítulo II
El señor combate en la guerra 79

Capítulo III
El largo horizonte feudal: arqueología de la batalla en América 95

Capítulo IV
La escritura señorial de Hernán Cortés 117

Segunda parte
Las tecnologías del cuerpo: antiguos, cristianos y mexicas 143

Capítulo I
El uso de los placeres 151

Capítulo II
Hacia la privación del mundo 169

Capítulo III
El horizonte del pecado 191

Capítulo IV
Los mexicas domesticados: Sahagún y la pureza evangélica de la tradición náhuatl 215

Tercera parte
Fragmentos para una historia de la alteridad en Occidente 247

Capítulo I
Figuras de la otredad por el mundo antiguo 263

Capítulo II
Diferencias en la prosa cristiana del mundo 275

Capítulo III
La mirada medieval sobre la alteridad 291

Capítulo IV
Mirar-escribir sobre indios en la última hora del mundo 321

Capítulo V
La mirada de Sahagún 357

Consideraciones finales 407

Bibliografía 411

Sobre el autor 423

Introducción

> La experiencia de haber sido vencido contiene oportunidades cognoscitivas que sobreviven a sus motivos, precisamente porque el vencido está necesitado de reescribir, a causa de la suya, también toda la historia.
>
> Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo*.

La occidentalización es un fenómeno sociológico provocado por el despliegue de la civilización europea por el mundo. Esa historia se ha presentado desde distintas perspectivas.[1] En este libro se contará una veta diferente de la expansión, aquella que produjo un saber sobre las ruinas de los mundos conquistados, la que construyó historia sobre los procesos de violencia, la que instauró memoria sobre la historicidad de los vencidos. En ese proceso de despliegue, Occidente generó excluidos: sujetos, sociedades, otredades, historicidades. Grupos humanos colapsaron bajo su yugo, sirvieron para construir frontera; para vivir en los márgenes de ese mundo, o en el epicentro del colapso, fueron la piedra donde se labró la transformación. En ambos movimientos fueron necesarios. La construcción de esa identidad se fortaleció mediante el trazado de la alteridad. La nominación del otro lo excluye, separa para fundarse un *lugar*, entre las ruinas de la diferencia. Ese espacio instituido, ganado sociológicamente, permitió crear una relación con el pasado y ganó un horizonte: la comprensión del momento se realiza desde un proyecto político que lo sustenta y apuntala. Ese lugar crea un vínculo con el mundo a partir de su despliegue en el espacio: el poder traza marcos de saber,

[1] *Cfr.* John Parry, *Europa y la expansión del mundo (1415-1715)*, México, FCE, 2014; Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, México, Siglo XXI, 1979; Eric R. Wolf, *Europa y la gente sin historia*, Buenos Aires, FCE, 2000; Marc Ferro, *La colonización. Una historia global*, México, Siglo XXI, 2000; Jack Goody, *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011.

es generativo y horizontal. Permite hacer legible el mundo, soportar los procesos de desgaste del poder al absorber las dudas que la diferencia resguarda.

Entre los grupos sociales que encabezaron el proyecto de expansión surgieron interrogantes sobre la naturaleza de lo encontrado, la diferencia los increpó. Para poder apropiarse de esa novedad echaron mano de constantes flujos de información, reflexión y revisión que involucraron un poderoso *trabajo sobre la tradición*: un oficio intelectual que permite ver y pensar esa enorme construcción, que posibilitó volverla pensable. Emergió una reflexión sobre lo nuevo, se estructuró como conjunto y se le dio sentido en el trabajo de sus intérpretes. Ellos construyeron canales de comprensión y de inteligibilidad; lazos con el pasado en la medida que implicaban esa novedad: construyeron tradición y memoria, para darle sentido al mundo, dentro del marco de los modos de ser de la comprensión del momento.

En ese horizonte móvil y de trabajo sobre la tradición se puede pensar la continuidad de la cultura occidental. Hay que dejar de entenderla como un concepto *esencialista*... es más bien un *proceso civilizatorio* con ascensos y declives de pueblos, con amaneceres y crepúsculos de saberes, con emergencias y colapsos de prácticas. Esa unidad se conforma del azar más que de la necesidad: en el proceso de relectura sobre su tradición fue trazando puentes de significado, los grupos inventan o destruyen sus saberes. Una vez instaurados emergen como horizontes de comprensión, que en el presente vivido adquieren sentido en el marco de la ficticia unidad del momento. Se convierte en la nueva memoria de los grupos en el poder. En su tradición demarcan el mundo: nominando, pensando y excluyendo.

Ese despliegue sobre la novedad permite tomar distancia para trabajarla en la tradición: aquellas estrategias exitosas que permitieron establecer un vínculo con el mundo, domesticarlo y vivirlo, *humanizarlo*.[2] En ese proceso la alteridad increpa, emerge como un espejo.[3] Es visible sólo dentro de la

[2] Véase el libro de Hans Blumenberg, *Trabajo sobre el mito*, Barcelona, Paidós, 2003.

[3] El libro de Roger Bartra avanza sobre la metáfora del espejo para entender el sistema de otredades en Occidente. Pareciera que las imágenes de alteridad son inventadas sin la

normalidad constituida por el saber-vivir que se observa en ella como reflejo: surge con el ruido que provoca, se bosqueja en la distorsión, aparece como bruma. Los marcos de la identidad, el régimen del espejo, sólo es posible por el escorzo de la exclusión de la diferencia. Pero no es sólo una metáfora, la exclusión se dio por medio de la violencia. Siempre son grupos que compiten por el poder, para establecer jerarquías. Cuando el Otro cruza por el espejo, muestra la fragilidad del simulacro. En ese momento es necesaria su *domesticación*: el ataque, el sometimiento y la colonización son las prácticas que permiten atrapar a la diferencia. Una vez cautivo, vencido, ocurre una interrogación fundamental: se establece un saber para explicarlo, para pensar la diferencia.

El *trabajo sobre la alteridad* es un proyecto de apropiación de la diferencia cultural. Un ejercicio intelectual que la vuelve pensable en los marcos de comprensión del espejo, para acabar con el peligro que engendra. Es una hermenéutica ejercida por los marcos de la identidad para excluir lo diferente. Ese trabajo de nominación es visible desde la tradición: la alteridad trabajada se estandariza, se parece a otros mundos vencidos. Se genera similitud en un sistema de diferencias a través de los márgenes de la identidad. Las alteridades son semejantes porque emergen las imágenes en el proceso de sometimiento. La afrenta que presentaba para el sí mismo se ha borrado, se ha homogeneizado en *constelaciones de diferencia*. Trabajada se vuelve discurso. Se establece una retórica para comprenderla, que le permite bosquejar los reflejos, decantar las imágenes, apropiarse del Otro. Todo en el marco de una memoria, que en el régimen de las verdades del espejo, trabaja sobre la utopía de la unidad, en la falsa medida de la identidad.

En ese trabajo sobre el Otro la estrategia más socorrida para hacerlo inteligible es deformarlo para entenderlo, eclipsarlo para mostrarlo. Libre y con voz, la única posibilidad de apropiación sería un diálogo que generaría imágenes realistas del otro, listas para funcionar en un intercambio entre grupos.

---

necesidad de una referencia "real", como es el caso del mito del salvaje: un mito para afirmar la identidad del civilizado. Véase *El mito del Salvaje*, México, FCE, 2011.